

Por Clara Arahuetes

Es tiempo de Navidad,

La Navidad es tiempo de celebración, un tiempo de paz tan necesaria hoy en Tierra Santa, que la vió primera; allí la Navidad tiene un significado especial al ser el lugar del Nacimiento de Jesús. En medio de la violencia que se ha desatado entre palestinos e israelíes, con miles de víctimas, entre ellas muchos niños, resuenan con fuerza las palabras del patriarca latino de Jerusalén: «Celebrar la Navidad significa traer a la vida de nuestro entorno tan herido ese deseo lleno de compasión, que Dios nos manifestó con el nacimiento de Jesús».

El nacimiento de Jesús es un tema que ha interesado a los artistas de todos los tiempos. Un ejemplo son dos obras que se exhiben juntas en el Museo del Prado (primer piso, sala 007A): *La Adoración de los pastores* y *La Adoración de los Reyes Magos*, realizadas por el dominico fray Juan Bautista Maíno, un artista del siglo XVII. El pintor nació en Pastrana (Guadalajara) en 1581, su padre fue un comerciante italiano de paños y su madre estuvo al servicio de la famosa princesa de Éboli. A finales del siglo XVI viajó a Italia, donde se formó en las dos grandes corrientes pictóricas de la Roma de 1600: el naturalismo de Caravaggio y el clasicismo de Annibale Carracci y la escuela boloñesa.

Las dos pinturas mencionadas formaron parte de *El Retablo de San Pedro Mártir*, de Toledo, donde ingresó como dominico en 1613. Al llegar de Italia en 1611, realizó las pinturas de dicho retablo. Los temas elegidos fueron las representaciones más importantes de la vida de Jesús, desde su nacimiento a su Resurrección, las llamadas Cuatro Pascuas. Siguiendo con fidelidad el Evangelio de San Lucas, la *Adoración de los pastores* ilustra el momento en que un grupo de pastores y ángeles contemplan y veneran al Niño Jesús. Las figuras se disponen en tres niveles. En el centro, la Virgen, San José y el Niño, que aparece recostado en un bloque pétreo, acolchado con hierbas y espigas. Destaca el gesto cariñoso de San José, que aparece inclinado sobre el recién nacido, cogiéndole la mano y besándola con ternura. El pastor más anciano dirige su atención hacia el Niño, los otros dos parecen



abstraídos en sus pensamientos. Junto a ellos están sus ofrendas: una cabra, un cordero y una cesta con huevos. En la parte superior, los ángeles que parecen pilluelos de la calle, participan con curiosidad en la escena tras unas nubes a las que se agarran para no caerse. La escena tiene lugar en un edificio en ruinas, en un momento del atardecer. La perspectiva de abajo a arriba juega con los volúmenes y los planos en un sentido ascendente. La pintura de Maíno se caracteriza por el realismo con el que describe a los personajes y a los objetos que los acompañan y por la monumentalidad escultórica de sus figuras tratadas con una iluminación intensa y un colorido vivo. El pintor utiliza varios puntos de luz, que conducen nuestra mirada hasta detenerse en el gran foco luminoso del Niño Jesús. A través de la pobreza de los pastores frente a lo sagrado nos ofrece una imagen con la



es tiempo de paz

La *Adoración de los Reyes Magos* estaba situada en el lado de la Epístola del Retablo y era el contrapunto de *La Adoración de los pastores*. La escena tiene lugar en uno de los edificios más significativos de Roma, el Coliseo, tal y como aparecía en las representaciones del s. XVII. En la Epifanía se representa el encuentro del mundo nuevo que surge con el Nacimiento de Cristo, que los Magos reconocen e implica que todos los hombres están llamados a adorar a Dios, y el mundo antiguo, representado por el Coliseo donde sucedió el martirio de los primeros cristianos. Es una de las composiciones más logradas del pintor. En la parte superior aparece la estrella que guío a los Reyes y desprende un potente resplandor dorado. A la derecha de la escena vemos a la Sagrada Familia, María sostiene al Niño y lo arropa con su manto, sentada sobre un robusto sillar, aludiendo a la solidez de la Iglesia. Y San José indica con el dedo el lugar donde se halla Jesús.

Los tres Reyes le ofrecen sus regalos. Melchor es un anciano de barba blanca y con un gesto de veneración le lleva oro; viste una lujosa túnica de seda y un manto dorado. Gaspar, arrodillado, ofrece un cáliz que contiene incienso, símbolo de la naturaleza divina del recién nacido; sus ojos rasgados y el voluminoso turbante muestran su origen oriental. Baltasar, de pie, es un joven de raza negra que ofrece al Niño un *nautilus* de madreperla decorado con oro y contiene mirra, lo cual sugiere el destino de muerte y redención de Jesús. Viste lujosas telas y lleva en la cabeza un tocado guarnecido de plumas. En último término aparece un paje, posiblemente autorretrato del pintor, con un tocado renacentista, que señala con un dedo la presencia del Niño Jesús a los que vienen detrás.

La paleta de tonos ocres de *La Adoración de los Pastores*, da paso aquí a una profusión de colorido que evoca el lujo y el exotismo de los Reyes Magos. Destaca el interés del pintor por la calidad de las telas que conocía muy bien gracias a su entorno familiar. Después de la desamortización en el siglo XIX, los cuadros de retablo pasaron al Museo de la Trinidad y más tarde al Museo del Prado. CN

que cualquier creyente puede identificarse, y siempre llevan algún presente, porque no pueden presentarse con las manos vacías ante Dios.

En el barroco las pinturas están llenas de elementos simbólicos, los tres pastores representan las tres edades del hombre como símbolo de toda la humanidad. Un pastor toca la flauta porque con el sonido abre la vía de la salvación, la calabaza de peregrino significa la búsqueda del camino que conduce a la verdad. Otro lleva un cordero con las patas atadas (Agnus Dei) que simboliza el sacrificio de Jesús por la humanidad. El pastor de más edad lleva un carnero, símbolo de la libertad que anuncia Jesús. El gesto y la juventud de San José debe relacionarse con las directivas del Concilio de Trento: debía ser representado como un hombre joven que cuidara y protegiera a María y al Niño.